

Crítica literaria

Poesía de Isaac Felipe Azofeifa

"Estaciones" de Azofeifa

Por María Rosa Bonilla

No ha interesado profundamente el libro Estaciones de Isaac Felipe Azofeifa, publicado por la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación de El Salvador. Nos ha interesado porque este libro, aparte de ser una hazaña de técnica y de poesía, es toda una lección que puede comprender y aprovechar los jóvenes que hoy escriben poesía en Costa Rica.

Nos encontramos en una época de evidente desorientación, en que el gusto estático de una minoría y las corrientes más avanzadas, "ese ritmo social" que ha parecido al flujo y reflujo de los mares" — como dijo Pérez Galdós — imponen sus mudanzas con tal fuerza que juzgamos conveniente volver a la tradición y a la forma como una expresión saludable. Y Azofeifa ha vuelto a la forma.

Su libro contiene veinte sonetos, la estructura más antigua y más difícil en la lírica de las lenguas modernas. En estos poemas el poeta costarricense, muy posiblemente como ejercicio de disciplina necesario a todo poeta que siente la responsabilidad de su obra, se ha apartado un poco de la concepción tradicional más corriente — la del soneto como estructura o combinación métrica — para darnos, además, una excelente muestra de su técnica poética.

Dijimos al comienzo que Isaac Felipe Azofeifa en su libro Estaciones se ha apartado un poco de la concepción tradicional más corriente — la del soneto como simple estructura o combinación métrica — para darnos, además, una excelente muestra del soneto como expresión poética. Queremos decir con esto que en su reciente obra lo esencial es el tema o motivo y, en último momento el mensaje poético. Y sin embargo la estructura se ciñe estrictamente a las formas tradicionales, como lo vamos a ver en un breve análisis de algunos detalles formales.

Habíamos de detalles de forma y no, en conjunto, de la "forma" porque ésta no puede separarse del fondo o contenido, ya que aisladamente esos elementos carecerían de valor estético. Anotamos en primer término que tanto el verso como la estructura siguen la estructura tradicional. Los endecasílabos muestran cierta variedad que depende del movimiento rítmico, como ésta a su vez depende de la idea poética, pero, en general, priva en ellos la acentuación clásica en sexta y décima.

El verso es lo más claro todavía. La única excepción que hallamos es la de los cuatro versos del Soneto a la primavera en que el poeta empleó la acentuación aguda. Es corriente, sin embargo, la acentuación en cuarta, sexta y décima.

Oh bienamada! Hoyes sin consuelo. Pero es rara, en cambio, la acentuación en cuarta y octava, tan corriente en el endecasílabo tradicional, que encontramos en un menor número de versos.

Y pasemos ahora al principal aspecto de la unidad formal: contenido para señalar, como el rasgo más notable de la empresa poética, realizada por Azofeifa en Estaciones, la admirable — comunión diríamos — de la rima con el alma y el sentido de los versos, relación que se aprecia también en el acierto de los encabalgamientos.

En el primer soneto, A la primavera, el poeta se enfrenta al problema del no-ser aún del tema, a la inestabilidad de todas las cosas que se presentan pero que no son todavía, y lo resuelve en forma admirable. Para Isaac Felipe la primavera de la vida humana es una promesa, pero es también una explosión de luz, de amor; un florecer por la flor misma y no por el fruto; un estar en el tem-



Isaac Felipe Azofeifa

pero sin tiempo; un estar, no un caminar. Todavía la vía no se vislumbra en el horizonte, el ritmo mismo del poema acentúa esta idea y esta emoción por medio de los encabalgamientos como se aprecia en el tercer soneto De la mano del aire:

Es un hilo tan tenue el que sostiene de la mano del aire esta primera tela de amor tejida en primavera, que el aire mismo a verla se detiene.

Hay en estos sonetos dedicados a la primavera una inquietud de gestación, un temblor de nacimiento, un conflicto de sentimientos: amor y fe, temor y fe, alegría y nostalgia. Esta inquietud la consigue nuestro poeta mediante el ritmo interior de los poemas.

Pero el soneto que expresa con más claridad ese "estar extático" de la naturaleza que precede al nacimiento del hombre y de la poesía, es Primer día:

Este predominio de lo que se recuerda, de lo que la vida ha acumulado — bueno y malo, mi sero o sublime — en nuestro espíritu, de lo que es la esencia misma de nuestro existir y está permanentemente en nosotros, se expresa magníficamente en su soneto Cochecha y especialmente en los dos tercetos. Como en los demás, en este soneto que re- produce los sentimientos de la expresión y las palabras, símbolos su misma de la emoción, adquiere nuevos y más ricos valores.

Un olvido cales e del apuro. Aquí nace el poema o la palma.

Aunque no es nuestro propósito analizar detalladamente los sonetos de los cuatro grupos, expondremos ciertas observaciones que juzgamos fundamentales para la comprensión del libro. Diríamos en primer lugar — con todas las reservas que implica una comparación — que en los grupos priva, como nota diferencial, una distinta tonalidad sentimental que corresponde tanto al ritmo interno como a la musicalidad.

En los sonetos dedicados al verano predominan la acción, la lucha, el combate y todo lo relacionado con la intensidad estival. El tiempo azul de la primavera es ahora "tiempo de ira y de desecho", y a la generosidad del dar por el dar sucede el impulso de "irido o nada". En la joven estación

La vida estalla como flor sobre el rostro de la muerte y el corazón irrumpe en la batalla.

Notamos que en este grupo el doble ritmo es más intenso, más dinámico, como puede apreciarse en el soneto Encadenado a su estrella, en que el poeta interpreta el símbolo de Prometeo como una eterna característica de la naturaleza humana:

Dulce es la tregua en el combate. Danza tu bandera en la llama de los vinos. Cerrando el aire negro y los caminos, perra tenaz, la tempestad discansa. El vasto pulso de su sangre amansa

alguien moderador de los destinos y en el frágil reclamo de los trinos la suave soga del amor se alcanza. Pero vuelve la ráfaga y el trueno, vuelve el ave voraz, y está el veneno de la soberbia ira, y se desboca tu alma contra los dioses, condenada para siempre a soñar, encadenada a su estrella, a su lira y a su roca.

De los cuatro grupos, nos impresionan especialmente el de los sonetos destinados al otoño, por que encontramos en ellos notas de exquisita delicadeza y de evidente profundidad poética. Y al intentar razonar o simplemente explicarnos el origen de esta preferencia, buscándolo ya no la estructura externa sino el íntimo sentido de estos poemas. Llegamos a concluir que su atractivo reside en que está fuera de lo presente, en "la tarde del tiempo", y más sutilmente aún, fuera del tiempo:

Un río hondo de paz sin tiempo fluye.

Este predominio de lo que se recuerda, de lo que la vida ha acumulado — bueno y malo, mi sero o sublime — en nuestro espíritu, de lo que es la esencia misma de nuestro existir y está permanentemente en nosotros, se expresa magníficamente en su soneto Cochecha y especialmente en los dos tercetos. Como en los demás, en este soneto que reproduce los sentimientos de la expresión y las palabras, símbolos su misma de la emoción, adquiere nuevos y más ricos valores.

Una sutil melancolía piensa el árbol de oro que se descoloca; pero la luz dorada se dorma, se duerme entre las hojas, se desluzna. (Pasa a la Página 141)

Aquí estuvo mi infancia

El corazón del mundo es este pueblo. Aquí estuvo mi infancia. Aquí sigo aprendiendo la fútil cacería del sueño, en la difusa luz del alba. Se aclara mi oscuridad y vuelvo a ser el mismo alumno de doña Ester, don Marcial, don Albino, que enseñaban a ser buen ciudadano y buen hijo. Aquí de nuevo está mi padre, tan lejano, tan duro, tan en ruinas. Quería que yo fuese abogado para que peleara por los pobres. Pero el verso que leo me envuelve en niebla triste, me suspende en el aire, me devora, me deja en nervio vivo, y debo estar enfermo, pues me gusta estar solo.

Camino sobre un vasto rocío, yarro por trillos vírgenes. Hay moradas ocultas, aguas, insectos, frutas, y flores como mínimas trompetas cuyo sonido de miel chupó, y unos fierros cuchillos a dulces picos desafiados por mi lengua. ¡Oh, la flor, el débil reto del árbol sin estirpe, del herido peón de los caminos!

Hay coleópteros de oro bajo las botijas. Cientos de hormigas marchan de una en una o se detienen y conversan. Cantan pájaros. Alguno me descubre y me sigue y me denuncia a gritos. El hondo cielo azul, ¿ha de estar tan lejano? Y las nubes veloces, ¿adónde trinan las nubes? ¿Y qué quiere decir esa danza del polvo en el camino?

Por detrás de los árboles cae el sol al misterio y la tarde se llena de silencio delante de la primera estrella. Una campana, lejos, vuela hacia el infinito. Hace frío. De pronto, se echa a dormir el mundo y se escucha el épor animal de su sueño en la noche.

Abandonado de la luz mudo de pájaros y voces, triste de sueños, regreso acompañado de las sombras al saludo, al abrazo, a la mirada.

El fuego del hogar arde y me ofrece el corazón abierto de la casa.

Esta es mi casa en ruinas

Mi casa es este silencio rodeado de ventanitas. Esta mirrada abierta sobre el mundo. Es uno de mis rostros. Es este ojo profundo vuelto hacia su propia oscuridad. Su luminada oscuridad, su noche radiante. ¿Cómo decir de otro modo que yo soy quien aquí vive, sin despertar del sueño en que soñando vive?

Mi casa me rodea, me cubre, me mantiene invisible. Yo soy su viceca, ella es mi otra piel. Cuando quiero mirar, me asomo a sus balcones y saludo el otro lado del mundo.

El cielo es siempre bienvenido. El sol se para en el umbral a llamarme, lo mismo que el camino, que entra de pronto, cuando la puerta le invita a descansar agitando sus hojas como un saludo.

Mi cosa es esta insula serena, este juez, salomónico verdugo, con el nombre de padre este brazo y regazo con que una dulce sombra llamada madre, está presente y ama. Y la bondad silvestre de los crueles hermanos, y los fuertes primos y sus percos, y la fría elutidada de los cuentos de miedo, agría como una cáscara, y el corazón azúcar.

Las bodas, el nacimiento, los cumpleaños, la muerte, han sido siempre aquí. Lo cuentan estos tristes retratos, estos muebles en que el tiempo vive herido, muriendo solo; este vacío colmado de vejez, de vidas y de muerte. Ah, corazón que amas el presente,

¿No sientes que la sangre es como un río que viene de lejos y se queda quieto aquí para siempre? Ah, corazón mira estas hierbas amargas, esas muñones de árboles antiguos, este resto de barro de los muros.

Mi casa ya no existe. Nada queda que no sea este niño perdido que congoñó aquel silencio, aquella oscuridad iluminada, aquel baicó de donde mira estrellarse la muerte contra el sueño.

Comentario

Hoy le he preguntado a mi corazón por los que ¡fueron, y creo que su alimento es la sangre. La sangre, y no la muerte. Su alimento es el corazón enredado de olas golpeando como un mazo la campana del pecho. No hay palabra que diga el gozo de sorprender todos los días del mundo un pensamiento nuevo en mí, —creencia, asombro, imagen—, y en ti, y en él, y en ella, y en vosotros, y en aquellos que saludan de lejos, con las manos en alto, las cabezas en alto, hombres libres. Con las extintas lilas muero un poco, y cada amanecer me trae una rosa nueva.

Sus nombres son ya sílabas sin respuesta en lápidas y cruces. Son una dura cal bajo la tierra y su silencio sube a los cipreses y sus voces vadadas.

quiza las guarda el viento que pasa y vuelve o ese río que cambia sin moverse, siempre igual a sí mismo. Aquí está el pueblo mío. En su páldo exilio, sombras que el sueño fiel convoca. Aquí está el tío Bernabé, y el abuelo Felipe.

El niño Dios va a traerles algún día un pez de oro. Trescientos perros sueltos ladran por el vecindario. El niño Dios traerá más perros y más niños.

A grandes voces secretas preguntaba quién soy al bosque vivo donde sólo yo existía. Cosas y hombres vivían y morían. con mis gestos. Yo los creaba y los destruía jugando a la memoria y olvido de sus nombres. Vuelto mi rostro hacia mí mismo, yo no era más que un dios solitario. Quiero decir que mis días transcurrían herméticos, llenos de vastas claridades y terribles sombras, como quien transita por un bosque sin hallar la salida. Mi madre era una vasta claridad, por ejemplo. De pronto, una terrible sombra me cubrió con su muerte. Dios dejó de existir el día que también murió mi hermana menor, que fue como una rosa encendida que de pronto se dobló y cae gritando de dolor y que no quiere irse todavía. Desde que me comenzo escribo poesía. Entonces escribí debajo de los árboles o mirando correr el agua o deshacerse con el viento y las nubes, y siempre

¡Oh, míos, míos! ¡Cuántos pasos anduve sobre la extensa tierra y estáis bajo mis pies, como raíces!



Mi casa adarameia: esta imagen ha sido modificada de su versión original para su restauración y conservación.

Cada día una nueva rosa

Con las extintas lilas muero un poco, y la rosa me trae cada amanecer al mundo. El poema que hago no es el término ni el principio de nada. Sólo espero estar más cerca de mí, más cerca aún del hombre, que está siempre tan lejos. Yo sé cuándo es que el verso deja de ser verdad y cuándo ya no es más que espesa letra. Sobre la luz aún no sé nada. Y de la oscuridad, la nocturna presencia de algún dios es mi confianza. No es mío el buscar, el interrogar no es mío. Es pasión del hombre en mí, pues pertenezco a la familia de la angustia, al grupo que duda y crea y que sabe qué tarea durísima es llegar a ser libre, para un hombre. Yo no nací para imponer ideas, sino para verlas crecer en mí, y creo que su alimento es la sangre. La sangre, y no la muerte. Su alimento es el corazón enredado de olas golpeando como un mazo la campana del pecho. No hay palabra que diga el gozo de sorprender todos los días del mundo un pensamiento nuevo en mí, —creencia, asombro, imagen—, y en ti, y en él, y en ella, y en vosotros, y en aquellos que saludan de lejos, con las manos en alto, las cabezas en alto, hombres libres. Con las extintas lilas muero un poco, y cada amanecer me trae una rosa nueva.

Trescientos perros sueltos asean el vecindario. Aquí lavan sus barcas los pescadores, y se pudren las otras en la arena. Casas inverosímiles, material de desecho y barro y barro, escupen niños sin sonrisa.

El niño Dios va a traerles algún día un pez de oro. Trescientos perros sueltos ladran por el vecindario. El niño Dios traerá más perros y más niños.

Vecindario

Trescientos perros sueltos asean el vecindario. Aquí lavan sus barcas los pescadores, y se pudren las otras en la arena. Casas inverosímiles, material de desecho y barro y barro, escupen niños sin sonrisa.

El niño Dios va a traerles algún día un pez de oro. Trescientos perros sueltos ladran por el vecindario. El niño Dios traerá más perros y más niños.

Crónica breve

A grandes voces secretas preguntaba quién soy al bosque vivo donde sólo yo existía. Cosas y hombres vivían y morían. con mis gestos. Yo los creaba y los destruía jugando a la memoria y olvido de sus nombres. Vuelto mi rostro hacia mí mismo, yo no era más que un dios solitario. Quiero decir que mis días transcurrían herméticos, llenos de vastas claridades y terribles sombras, como quien transita por un bosque sin hallar la salida. Mi madre era una vasta claridad, por ejemplo. De pronto, una terrible sombra me cubrió con su muerte. Dios dejó de existir el día que también murió mi hermana menor, que fue como una rosa encendida que de pronto se dobló y cae gritando de dolor y que no quiere irse todavía. Desde que me comenzo escribo poesía. Entonces escribí debajo de los árboles o mirando correr el agua o deshacerse con el viento y las nubes, y siempre

¡Oh, míos, míos! ¡Cuántos pasos anduve sobre la extensa tierra y estáis bajo mis pies, como raíces!

En la perfecta soledad del campo. Poesía es una trampa de la naturaleza como el amor, para que la creación siga su curso y por eso es también una desesperada conciencia de la muerte. Ahora bien, perdí todos mis pasos porque aquí está el bosque,

siempre, rodeándome, como un interminable territorio del sueño. Amor sigue juntando relámpago y herida. Yo sigo creando y destruyendo con una sola palabra. La muerte sigue siendo la enemiga de cuanto amo. Y Dios no ha regresado.